**Tuve miedo**

Siempre había sabido que la situación del pueblo no era la mejor, aunque de pequeña, cuando mis papás y mis tías hablaban del tema, me mandaban a jugar afuera. Yo ya había escuchado de la guerra, de los muertos, de los primos que no conocí, de la tía que no alcanzó a salir de la finca y de lo peligroso que era ser una muchacha joven en esos años. “Es que a todas se las llevaban, eso era horrible”, era el comentario que siempre escuché de mi tía Rosa.

Crecí en ese pueblo, lo sentía como mío. Ver las montañas verdes, los atardeceres anaranjados y el río azul lleno de peces era lo que para mí significaba la felicidad. Desde los 10 años tenía responsabilidades en la casa: sabía que tenía que recoger los huevos en la mañana, alimentar a los cerdos y, a veces, cuando mi papá bajaba a la ciudad, ordeñar la vaca. Pero mi mamá siempre me dijo: “Su mayor responsabilidad es estudiar”. Ella no logró terminar la primaria, la guerra le quitó la oportunidad. Alguna vez me contó que en la escuelita se habían metido unos hombres de camuflado y metralletas y nunca pudo volver. Algo parecido le había pasado a mi papá, pero él no hablaba mucho de eso, porque cuando se metieron a la escuela de él se llevaron gente. Mi mamá una vez me dijo: “No le pregunte de eso a su papá, a él no le gusta hablar del tema. No ve que al hermano mayor, a su tío Augusto, se lo llevó esa gente. Ellos se querían llevar a su papá, pero su tío Augusto, que tenía como 2 o 3 años más, dijo que no, que el niño tenía problemas en una piernita, que no les servía, que se lo llevaran mejor a él…”. Después de eso no se supo más de su tío Augusto. Su abuelita, hasta que se murió, guardaba la esperanza de que el tío volviera, pero nunca apareció y su papá como que nunca logró perdonarse eso”.

Yo terminé la primaria y empecé el bachillerato sin problema, era la mejor de la clase. Hacía en las tardes clases extra de matemática y lectura porque la profesora me dijo que yo era muy buena y que me iba a tratar de buscar una beca para la universidad, en lo que yo quería, ser profe. Yo me imaginaba llegando en las mañanas con mi agenda, dictando la clase y ayudándole a gente como mis papás que no pudieron ir a la escuela. Ese era mi sueño.

Los días en el pueblo eran siempre iguales, tranquilos. Se escuchaban los animales, el río, se escuchaban los niños jugando, los vendedores en la plaza. A mí me gustaba

ese sonido, era el sonido de mi hogar, hasta que volvió la guerra. Yo no me acuerdo bien cómo pasó, no me acuerdo por qué y eso que ya estaba grande, ya tenía 15 años. Mi mamá me empezó a decir: “Véngase rápido para la casa, no se quede en la extracurricular, recoja a sus hermanitos e inmediatamente para la casa”. Mi papá dejó de ir a la finca de mis abuelos y con eso empezó a faltar el plátano, la yuca, la papa y las frutas que comíamos todos los días. En el colegio pusieron la entrada más tarde y la salida más temprano, todo se empezó a poner raro y empezaron a llegar las advertencias:

“Toda persona que esté fuera de la casa a las 9:00 pm debe atenerse a las consecuencias sin ninguna excepción … desde algún lugar de las montañas antioqueñas”

“Las personas en esta lista deben irse del pueblo a más tardar lunes a las 5:00 am … O deberán atenerse a las consecuencias … desde algún lugar de las montañas antioqueñas”

Cada vez eran más personas las de esa lista. Varios profesores tuvieron que irse del pueblo, algunos vecinos e incluso uno de mis primos que tenía un negocio. Siempre que llegaba una nueva lista yo corría a leerla en voz alta en la sala de mi casa, con el miedo de que alguno de mis hermanos o incluso mis papás estuvieran ahí.

Fueron meses difíciles. Al final ya no íbamos al colegio, nos mandaban algunos talleres y yo les dictaba clase a mis hermanos pequeños. Mi papá ya no podía ir a la finca y mis hermanos tampoco estaban trabajando. Comíamos arroz, leche y huevos… bueno, huevos es mucho decir. Las tres gallinas ponían huevos todos los días, pero en la casa éramos diez; a veces no alcanzaba, pero sabíamos que había personas que estaban en peor situación.

Una tarde, como muchas de esos meses tan difíciles, hubo una balacera. Esas montañas que amaba por su verde se llenaban de destellos y sonaban como un monstruo, el monstruo de la guerra. Yo sabía que cuando eso sucedía abrazaba a mis hermanos y todos nos íbamos a la cocina, que era la parte más cubierta de la casa. Por las noches, con todas las luces apagadas, yo les contaba historias a todos: *Las mil y una noches* que me había leído para el colegio alguna vez y alguna fábula o cuento que pudiera recordar en ese momento. Lo único bueno de ese momento era

que podíamos dormir todos juntos, sentirnos cerquita y saber que, de una u otra forma, estábamos bien.

Al día siguiente había que ir a comprar arroz, se había acabado. Generalmente mi mamá lo iba a comprar a la plaza, porque no dejaba que mis hermanos fueran por el miedo a que se los llevaran, y a mí me dejaba cuidando a mis hermanos. Pero amaneció muy enferma, tenía fiebre, dolor en el cuerpo y se sentía muy mal. Convencí a mis hermanos de que la mejor opción era ir yo, que no me demoraba, que cruzaba rapidito y en 20 minutos o menos estaba nuevamente en la casa. Se demoraron más de una hora en aceptar, nadie quería que yo fuera, pero ya sabíamos de varios muchachos que, yendo a comprar a la plaza, se los habían llevado. Nunca habíamos escuchado nada de llevarse muchachas, igual me puse la ropa de trabajo, la sudadera rota, las botas pantaneras que olían a boñiga y me hice una moña despelucada. Salí con mi mente clara en mi objetivo, ir por el arroz,que era para lo único que nos alcanzaba con lo poquito que nos quedaba de los ahorros de mi mamá y que hacía algunas semanas estábamos tasando.

Ese día no vi las montañas, no escuché el río ni los animales. Ese día escuché mi corazón, latía muy fuerte. No mire a ningún lado, solo me concentré en las cinco cuadras que había hasta la plaza. Compré el arroz y, cuando volvía, de reojo vi un carro, uno de esos willis en los que antes íbamos a la vereda los fines de semana. Solo seguí caminando, pero tuve miedo. Aceleré el paso. Luego escuché una voz. Me heló la sangre. Decía: “Negrita, venga yo le ayudo con el arroz”. No contesté, no miré quién era, seguí caminando. No sabía cuántas cuadras faltaban, pero parecían más de veinte. Seguía escuchando la voz, pero ya no lograba entender lo que decía. Tuve miedo, solo escuchaba mi corazón y mis pensamientos. Escuchaba a mi tía Rosa una y otra vez decir: “Es que a todas se las llevaban, eso era horrible”.

Tuve miedo, miedo de lo que podía pasar si me llevaban, miedo por mi familia que saliera a buscarme, miedo por no lograr llevar el arroz y que mis hermanos tuvieran hambre. Seguí caminando muy rápido y empecé a escuchar pasos, cuando sentí un brazo que me cogió del brazo: “Venga, negrita, yo le ayudo”, me dijo esa voz que me heló la sangre.

Tuve miedo, tuve miedo porque en sus ojos rojos y vidriosos vi maldad, en la sonrisa de dientes amarillentos y aliento a cigarrillo vi lo que ya les había pasado a las otras que se habían llevado. Tuve miedo por lo que sabía que me esperaba, tuve miedo porque sabía que de ahí no iba a lograr salir, tuve miedo porque sabía que si corría hasta la casa era peor para mi familia, tuve miedo porque no podía pensar. Respiré y escuché el río que estaba a mi lado. Tuve miedo, pero logré soltar el brazo. Tuve miedo, pero miré la cuenca del río. Tuve miedo, pero solté el arroz. Tuve miedo, pero tomé aire. Tuve miedo, pero salté. Tuve miedo, pero por un segundo sentí que tenía alas, que era libre. Tuve miedo, pero escuché el río, vi el verde de las montañas, vi lo bonito que se veía el sol al mediodía. Tuve miedo, pero recordé el chocolate de mi mamá, el beso en la frente de mi papá, la risa de mis hermanos. Sentí el frío de las aguas del río… y nunca más tuve miedo otra vez.